

LAS GUERRAS DE EMANCIPACIÓN DE HISPANOAMÉRICA, 1806-1829



JOSÉ ANTONIO LÓPEZ FERNÁNDEZ

www.hrmediciones.es

ÍNDICE

Preámbulo del autor	7
PARTE PRIMERA	13
Introducción: la organización territorial y las fuerzas armadas españolas en América a principios del siglo XIX	15
Asaltos anfibios, 1806 y 1807	27
Las primeras insurrecciones, 1808 y 1809	45
El levantamiento general de 1810	57
Combates y procesos constituyentes, 1811 a 1814	83
PARTE SEGUNDA	175
La expedición militar del capitán general Morillo y la resistencia independentista, 1815 a 1819	177
Los años decisivos, 1820 y 1821	261
PARTE TERCERA	295
Ocaso en Nueva Granada y resistencia en Perú, 1822 y 1823	297
El último ejército realista, 1824	335
Los últimos combates, 1815 a 1832	355
Epílogo	381
Bibliografía	387

Preámbulo del autor

Durante el transcurso del siglo XIX la totalidad de los territorios americanos de España lograron emanciparse, creando sus propias instituciones de gobierno diferenciadas y estableciendo nuevas naciones, jóvenes repúblicas debutantes en el complejo sistema de las relaciones internacionales decimonónicas.

La emancipación en ningún caso fue pacífica, sino consecuencia de largas y duras campañas, a veces con ventaja para los españoles que pretendían la separación de sus territorios natales de la nación española, y en otras ocasiones prevaleciendo aquellos españoles que procuraron impedirlo; la nacionalidad compartida por ambos bandos permite calificar a estas guerras como civiles¹, y ello a pesar de la importante participación de extranjeros en buena parte de estas campañas.

Las causas de estas rebeliones fueron múltiples y complejas, con importantes diferencias entre los distintos territorios, pero pueden resumirse en circunstancias políticas, económicas, militares, internacionales y sociales.

Como fundamentos políticos de la insurrección se citan la pujanza de las ideas liberales procedentes de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, difundidas por las sociedades masónicas, y la divulgación de ensayos políticos opuestos a las monarquías absolutas en el seno de las universidades de la América española, esenciales para la propagación de estos ideales. También

¹ López Fernández, José Antonio. "Guerras civiles. La independencia de los virreinos de la Monarquía española en América", tres volúmenes, Almena, Madrid, 2018.

el descontento de la oligarquía criolla, celosa de sus derechos y resentida por los privilegios acumulados durante el gobierno de los primeros Borbones por autoridades y funcionarios de origen peninsular², percibidos como intrusos que se aprovechaban de los logros y el trabajo de los españoles americanos; si bien los secretarios del gobierno de Carlos III identificaron el problema e intentaron cambiar esta tendencia, a finales del siglo XVIII la decepción de los oligarcas criollos ya se había generalizado.

La causa económica de la revuelta se identifica con el incremento de la riqueza de América, cuyos propietarios y comerciantes se habían beneficiado con el aumento del comercio propiciado por Carlos III y la expansión de cultivos muy rentables gracias a su exportación al mercado europeo, lo que les situaba en una posición de superioridad financiera sobre el gobierno de la Monarquía española y las autoridades peninsulares; en este sentido, los intentos de regulación estatal y restricción al comercio procedente de América en favor de las exportaciones peninsulares en época de Carlos IV causaron un gran descontento, pues el contrabando se sentía como un derecho más que una infracción, ya que el comercio peninsular no podía proporcionar todos los bienes y víveres necesarios, ni permitía obtener los beneficios que rentaban las operaciones mercantiles prohibidas con otras naciones; así, el contrabando se mantuvo activo durante toda la duración de la guerra, e incluso se ejercía a través de compañías legalmente constituidas³.

En cuanto a las causas militares, la contribución decisiva de las fuerzas veteranas y milicias disciplinadas a la defensa de los territorios españoles en América durante el último tercio del siglo XVIII y la primera década del siglo XIX, tendría como consecuencia indeseable para la Monarquía española el sentimiento de agravio de los dirigentes criollos, jefes y oficiales de las milicias, ante la crónica falta de tropas regulares peninsulares y medios defensivos modernos en sus principales ciudades y puertos; habiéndose defendido con éxito ante numerosos ataques, casi todos británicos, los oligarcas criollos que lideraron la insurrección estaban convencidos de no necesitar a los buques y tropas peninsulares para proteger sus territorios.

2 Lynch, John, "Las revoluciones hispanoamericanas 1808 – 1826", Ariel, Barcelona, 2010.

3 Un interesante ejemplo citado por Antonio García de León, en su ponencia "El enemigo en casa. El comercio de Veracruz y la guerra de Independencia, 1803-1821", dentro de la obra colectiva "La Economía Marítima en España y las Indias", Ayuntamiento de San Fernando y AHILA, 2015.

La situación internacional de conflicto continuo y guerra abierta entre las potencias europeas motivada por las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas entre 1792 y 1815 fue un poderoso acicate para los movimientos emancipadores, que supieron aprovechar la situación de caos y desgobierno en la Península ante la invasión francesa, agravada por la cobarde claudicación de los monarcas borbónicos ante Napoleón; así, una parte importante de los oligarcas criollos, apoyados por algunas autoridades, funcionarios y militares peninsulares que se unieron a sus tesis, proclamaron que ante la ausencia del monarca legítimo el pueblo americano debía tomar las riendas de su propio gobierno. Agravando esta situación, los intereses geoestratégicos de Gran Bretaña en América y las intenciones expansionistas de los presidentes y autoridades estadounidenses promovieron la intervención constante, pública y privada, de autoridades e incluso militares británicos y estadounidenses en favor de los líderes y ejércitos independentistas, a fin de reforzar su posición prevalente en el comercio y la navegación, en el caso británico, y ocupar el mayor territorio americano posible, en lo referente a los Estados Unidos, pues a ambas naciones les resultaría más sencillo lidiar con múltiples y pequeños estados americanos que con una potencia mundial como había sido España en el siglo anterior.

También se identifican causas sociales, pues si bien la normativa española había intentado desde antiguo salvaguardar los derechos indígenas, es cierto que estas leyes se veían a menudo quebrantadas, y los abusos de encomenderos y autoridades no siempre recibían el castigo estipulado, pese a las frecuentes denuncias; además, el comercio de esclavos africanos llevó a la creación de una nueva clasificación social, la más tristemente desfavorecida e indefensa ante arbitrariedades y maltratos. Por ello, los indígenas, mestizos y negros africanos descontentos se incorporaron a los movimientos emancipadores, dirigidos hábilmente por criollos y sacerdotes; y aunque algunos pueblos americanos nativos permanecieron fieles a la Monarquía española, identificando a los criollos como un opresor más cercano y por ello más temible, las clases sociales más desfavorecidas participaron igualmente en la guerra, en ambos bandos.

Por estas y otras razones, una parte considerable de la oligarquía criolla, e incluso de las autoridades de origen peninsular, acompañados de sacerdotes, militares, comerciantes, artesanos, y por supuesto del pueblo, o al menos parte de las gentes americanas de todas las razas, se levantaron en armas contra la Monarquía española, formando ejércitos que se autodenominaron

patriotas o libertadores, para hacer frente a otros españoles americanos y peninsulares que defendieron con las armas su permanencia bajo la soberanía española; como ambos bandos fueron patriotas en sus diferentes conceptos nacionales, citaremos a los primeros como insurrectos o independentistas, y a los segundos realistas.

El primer libro de los dos en que se dividirá este ensayo se dedica a las guerras de emancipación de los cuatro virreinos españoles existentes al comienzo del siglo XIX, que comenzaron en la primavera de 1806, si consideramos la invasión de Venezuela por Francisco de Miranda como primera campaña puramente independentista, prolongándose hasta enero de 1826, cuando el brigadier José Ramón Rodil se vio obligado a rendir las fortalezas del Callao, última posesión española en el continente americano.

El segundo libro abarcará un período aún más largo, aunque en su mayor parte los territorios españoles en América se mantuvieron en paz, pese a las injerencias estadounidenses y a la repercusión transatlántica de los conflictos que se sucedían en España y el resto de Europa. Así, en las tres décadas siguientes a la finalización de las guerras en los antiguos virreinos, salvo una expedición aislada contra México y la defensa naval contra los antiguos corsarios independentistas convertidos en piratas, las islas caribeñas españolas de Cuba y Puerto Rico conocieron un período de relativa paz y desarrollo económico, mientras la España peninsular seguía desgarrándose en continuos conflictos políticos y guerras civiles.

Hacia 1860, la recuperación económica, política y militar de España permitió al gobierno del presidente Leopoldo O'Donnell acometer tres campañas sucesivas en América, con el objetivo declarado de recuperar la reputación internacional española: una breve intervención en México integrándose en una coalición internacional; la recuperación efímera de Santo Domingo mediante un acuerdo con su presidente Pedro Santana, que derivó en una guerra breve aunque cruenta; y una campaña naval en el Pacífico Sur que comenzó como una misión diplomática, institucional y científica, pero que se malogró hasta derivar en un enfrentamiento naval limitado, pero intenso, con nuestras repúblicas hermanas de Chile y Perú. De estas guerras de prestigio trata la primera parte del segundo libro.

Por último, se narrará de forma necesariamente resumida la dura lucha contra el movimiento independentista en la isla de Cuba y las incesantes presiones estadounidenses para conseguir la anexión a su territorio de la gran isla caribeña, pues éste era el objetivo declarado de la mayoría de los

presidentes estadounidenses decimonónicos⁴. España defendió su posesión más rentable, único recuerdo de sus dominios americanos junto con Puerto Rico, enviando armas, buques y tropas, estableciendo un rígido control político de las dos islas, manteniendo una extensa red de espionaje para contrarrestar las iniciativas estadounidenses y aliándose con Francia y Gran Bretaña; sin embargo, el malestar social causado entre una parte importante de la población caribeña por la injustificada demora en la abolición total de la esclavitud, unido a la falta de flexibilidad ante los anhelos independentistas cubanos al ofrecer demasiado tarde una autonomía efectiva, y el imparable ascenso de la potencia naval y militar estadounidense llevaron al trágico final para la Monarquía española de la historia de su presencia y control territorial en América, que había prolongado algo más de cuatrocientos años.

4 Una exposición muy clara de estas presiones la ofrecen Almudena Hernández Ruigómez, “Pretensiones anexionistas de Estados Unidos sobre la isla de Cuba (1848-1861)”, y José Manuel Serrano Álvarez, “Cuba y la difícil coyuntura internacional en el Caribe (1843-1853)”, Actas de las XIII jornadas nacionales de Historia Militar, Ministerio de Defensa, Sevilla, 2006.

Parte Primera

LA GUERRA SE EXPANDE POR
LOS VIRREINATOS ESPAÑOLES
EN AMÉRICA

Introducción: la organización territorial y las fuerzas armadas españolas en América a principios del siglo XIX

La necesidad de mejorar la defensa de los territorios americanos después de las derrotas afrontadas en la Guerra de los Siete Años llevó al rey español Carlos III a ordenar a sus secretarios el diseño y la ejecución de una importante reforma de la organización territorial y militar de la América española, acompañadas de medidas administrativas y financieras imprescindibles para reforzar la economía española y americana.

Partiendo de los dos virreinos originales creados durante el gobierno de la casa de Austria, los secretarios del gobierno de Carlos III organizaron los territorios americanos y asiáticos españoles en virreinos y capitanías generales, que incluían funciones administrativas y militares, residiendo las competencias judiciales en las reales audiencias. Al comienzo del siglo XIX perduraban cuatro virreinos y seis capitanías generales:

- Virreinato de Nueva España: el territorio más extenso de la América española fue también el primero que se constituyó como tal, el día 8 de marzo de 1535 durante el reinado de Carlos I; a comienzos del siglo XVIII incluía todas las posesiones españolas en el norte y centro de América, las islas del mar Caribe y los archipiélagos asiáticos del océano Pacífico.
- El territorio continental, cuya capital residía en la Ciudad de México, estaba dividido en las provincias novohispanas de Coahuila, Nuevo León, Nuevo Santander, Santa Fe de Nuevo México y Tejas; las intendencias de Arizpe, Durango,